



EDITORIAL
Invitado

Hay que defender la Autonomía Universitaria

(...) Yo soy un defensor a ultranza de la autonomía universitaria. Y me parece justamente que si se habla de calidad en la educación universitaria ese punto es inevitable. Hay que tocarlo de manera necesaria. ¿Por qué? Porque si se trata de calidad en la enseñanza superior, qué se enseña y cómo se enseña, tiene que decidirlo la comunidad académica y esa es una decisión que no puede ser tomada por instancias políticas, Yo siempre he pensado la universidad a manera de una utopía, hasta el punto de que pienso: un estado democrático, un estado decente, tiene que reconocer una autonomía bastante amplia a la universidad y, sin ingerir en ella, financiarla. La financiación desde luego le corresponde al estado. Pero el estado tiene que saber que es la comunidad universitaria la que va a determinar cuáles son las materias que se deben enseñar y de qué manera se deben enseñar. Ese es un primer punto que yo diría que es una especie de precondition de la calidad en la enseñanza universitaria.

Y yo voy a sustentar, muy brevemente, algunas ideas que son, yo lo sé, bastante discutibles y algunas de ellas que están incluso en contravía de lo que hoy se piensa.

Por ejemplo, cuando se piensa en la universidad, se piensa casi de manera automática, se asocia el pensamiento de la universidad con la formación de profesionales. Y yo voy a hacer una afirmación: esa es una tarea secundaria para la universidad. Y alguien podría decir: ¿pero cómo va a ser secundaria? entonces ¿quién forma a los médicos?, ¿quién forma a los abogados?, ¿quién forma a los ingenieros? Si, ciertamente ese trabajo, diría, también le incumbe a la universidad. Pero digo también. ¿Y por qué? Por una razón, yo creo que a la universidad lo que le incumbe, en primer lugar, es la formación de la persona; y de la formación de la persona se sigue la formación del ciudadano; y de la formación del ciudadano, se sigue entonces la formación del profesional.

Pero yo podría incluso desglosar esas actividades, pensando que la formación de los profesionales pueden hacerlas instituciones distintas a las universidades, pero que, entre nosotros, es una tarea que a la universidad también le incumbe.

Pero, por qué digo lo que digo. Por lo siguiente: en la raíz de la universidad está su esencia esencialmente humanística. El compromiso de la universidad es con los valores humanos y con el conocimiento. Cualquiera desviación de esa finalidad constituye una desnaturalización de lo que es la institución universitaria, de lo que es la universidad. Y voy a permitirme hacer alguna referencia que para mí es inevitable al mundo griego. Lo que caracterizaba a la comunidad griega era esto: es la primera comunidad que se propone, como fin, la cultura. Y a esa cultura la podemos denominar, o podemos asimilar, esa noción de cultura a la noción de lo que los griegos llamaban la *paideia*, y la *paideia* la oponían a la *techné*. La *technées* una serie, o consiste en una serie de destrezas que las personas adquieren en el objeto de ejercer un oficio, y desde luego esos oficios son, no son solo útiles, sino completamente necesarios dentro de la comunidad, dentro de cualquier sociedad, en cualquier sociedad hacen falta abogados, en cualquier sociedad

hacen falta ingenieros, en cualquier sociedad hacen falta médicos, etc. Pero la sociedad ante todo está integrada por personas.

Y la universidad que se dedica o que dedica específicamente sus esfuerzos a lo que yo he denominado, siguiendo desde luego la conceptualización griega, la *techné*, es una universidad desalmada. De lo primero que tiene que tratar la universidad es de la formación de la persona, y ¿qué tienen que ver con la formación de la persona? Cuando se está formando personas se trata es de lo siguiente: de darles las herramientas, los instrumentos necesarios, para que tomen las decisiones radicales que le incumben en la vida. Por ejemplo cuáles ¿qué sentido tienen mi existencia? ¿Mi existencia tiene un sentido ya preestablecido? ¿Lo ha establecido alguien? O soy yo quien asume la responsabilidad de darle un sentido a mi existencia.

Y pienso en esto porque, a menudo, en las universidades desnaturalizadas, se empiezan a suprimir programas que se considera que no son rentables. La universidad debe ante todo, dentro de esa óptica, es mantener programas que sean rentables y que además sean financiados. Y, por tanto, si la filosofía, si la matemática pura, si la antropología, si la lingüística, no lo son, entonces esos programas no tienen razón de ser en la universidad. Y resulta que esos son los programas que justifican la universidad.

Ustedes dirán ¿entonces de lo que se trata es de excluir la enseñanza de las profesiones en las universidades? De ninguna manera. Pero, retomando esta conceptualización de la *techné* y la *paideia*, yo diría esto: la *techné* únicamente puede enseñarla la universidad sobre la base de que persigue la *paideia*. O sea, de que está adiestrando, de que está entrenando para cumplir oficios dentro de la sociedad, a sujetos conscientes que saben, por una parte, cual es su destino, que han decidido darle un determinado valor a su existencia y que saben cuál es la función que dentro de la sociedad de la que forman parte les incumbe. Esa tarea es absolutamente inescapable dentro de la universidad. Si nosotros nos preguntamos, y ¿Esa *paideia* como se enseña? Eso podríamos nosotros formularlo de distintas maneras. Una manera es esta: ¿la universidad tiene que ver con la ética? y la pregunta es esta y ¿la ética como se enseña? Y desde luego descartamos que la enseñanza de la ética se reduzca a esos cursos que se denominan de ética o de ética profesional. Toda la enseñanza universitaria tiene que estar informada por la ética. No hay un solo curso dentro de la universidad que no tenga ese propósito. En los cursos de matemáticas; en los cursos de física; en los cursos de química etc. Hay que buscar un propósito y cuando se busca el propósito de la enseñanza sé está buscando la finalidad de la enseñanza, se está buscando el sentido de la enseñanza y por tanto se le está dando un sentido ético a la enseñanza.

Esa para mí es una función inescapable de la universidad y me parece que a menudo la universidad o, más que la universidad, quienes desde afuera la manejan, no permiten que se cumpla. Porque la universidad nuestra no es una universidad autónoma, ustedes saben que la constitución de 1991 por primera vez consagra la autonomía universitaria pero con tantas limitaciones que de la autonomía universitaria puede decirse algo similar a lo que se dice de nuestra democracia, o de lo que podemos decir de nuestra democracia, que constituye una fachada. Y una fachada que resulta bastante útil para sacar de allí consecuencias: la universidad se está manejando, cuando todos sabemos que la universidad no se está manejando, la universidad la manejan desde afuera y por tanto que, utilizando una terminología rigurosa, tendríamos que decir que la universidad nuestra no es una universidad autónoma sino una universidad heterónoma. Una universidad que recibe sus leyes desde afuera. Que la comunidad universitaria apenas si tiene un papel relativamente secundario en las decisiones académicas; en las decisiones que tienen que ver con el conocimiento científico; en las decisiones que tienen que ver con la orientación de la institución y que tienen que ver con la orientación de las personas.

Y me voy a permitir tocar un tema, casi que deliberadamente, para que sea objeto de debate y es el siguiente: de un tiempo para acá, especialmente, se ha dicho que lo que en la universidad debe tener prelación es en la tarea investigativa. Y yo quiero hacer esta afirmación: la

investigación constituye una tarea importantísima, una tarea prioritaria en la universidad, a condición de que no se relegue la docencia. De un tiempo para acá, las personas que constituyen el cuerpo de profesores de la universidad, están clasificados en dos categorías: los investigadores y los docentes. Los investigadores que son, al menos eso es lo que se formula, los que producen conocimiento y los profesores los que transmiten conocimiento. Y por tanto las categorizaciones mayores corren a cargo de quienes producen conocimiento. Veán ustedes, esta tesis podría parecer una tesis bastante heterodoxa y yo sé que es a contramano de lo que hoy prevalece, de la opinión hoy prevaleciente. Y es esta: yo no concibo la universidad sin docentes y no concibo la universidad sin buenos docentes. No me refiero solamente a la universidad colombiana. Mi pasión ha sido el conocimiento. Mi pasión ha sido la universidad y he visitado muchas universidades de muchas latitudes, en Latino América, en los Estados Unidos y en Europa etc. Y tengo esta experiencia: los profesores que se dedican a la investigación, que prácticamente constituyen a una categoría aparte, privilegiada, los investigadores, se desvinculan de la docencia y miran la docencia como una actividad secundaria, cuando, de la misma manera que decía ahora que las profesiones podrían concebirse como enseñadas por fuera de la universidad, yo pienso que la investigación, incluso, también puede tener lugar por fuera de la universidad. No estoy clamando por que la investigación se excluya de la universidad. De ninguna manera. Pero digo que dentro de la universidad, tal como yo la concibo, lo que es la esencia primigenia de la universidad, la docencia, es una función esencial y la investigación, siendo una tarea importante que va nutrir a la universidad, no es la tarea que justifica la existencia de la universidad. ¿Por qué pienso o digo lo que estoy diciendo? Porque noto, con preocupación, que la calidad de la docencia ha venido disminuyendo y que a las personas que constituyen el cuerpo profesoral, se les evalúa más por los artículos que escriben, por sus hallazgos etc., que por el cumplimiento de una tarea que para mí es esencial ¿y cuál es esa tarea esencial? Parece secundaria esa que se reduce a reproducir o transmitir el conocimiento. Esa no es la tarea del verdadero docente, el verdadero docente tiene una tarea esencial, que para mí es la siguiente: transmitir la pasión por el conocimiento. No hay un docente que merezca esa calificación, si no es capaz de contagiar al estudiante de esa enfermedad incurable que el padece y esa enfermedad incurable consiste en buscar apasionadamente el conocimiento. Y cuando se busca el conocimiento, no me refiero solamente al conocimiento formalizado y por tanto científicamente clasificable. Pienso en el conocimiento de si mismo; pienso en el conocimiento de las propias personas vinculándola justamente con lo que yo, al comienzo de esta reflexión tomando prestado el concepto de los griegos, llamaba la *paideia*. La *paideia* no se enseña. Yo diría la *paideia* se contagia. Y justamente las universidades, incluso las más modernas, empiezan a sufrir, empiezan a adolecer falta de buenos docentes. Y falta de buenos docentes entre otras razones porque la propia institución trata a los docentes de una manera desventajosa con respecto a los investigadores. Considero que la docencia y la investigación deben articularse, pero articularse de tal manera que esa investigación sirva precisamente para nutrir la docencia.

He encontrado muchas universidades que tienen incluso premios nobel, de química, premios nobel de física, etc., pero donde la docencia es desastrosa, y por tanto se constituye una especie de cuerpo privilegiado, marginado del resto de la comunidad universitaria. Y cuando digo marginado del resto de la comunidad universitaria, digo marginado del resto del profesorado y marginado también del estudiantado.

Puedo citarles universidades preclaras, de los Estados Unidos por ejemplo, de las más preclaras, donde, conversando con sus estudiantes, se quejan de que no tienen siquiera acceso a sus profesores que ante todo están dedicados a la investigación porque para el profesorado, para el profesor dedicado casi de tiempo completo a la investigación, el contacto con el estudiante es una pérdida de tiempo. A mí me parece que eso constituye una desnaturalización de lo que es la universidad. Y naturalmente pensando entonces en la tarea de la universidad, la repito: formación de personas, para la formación de ciudadanos y luego para la formación de profesionales. Con lo cual quiero decir: un profesional que no sea construido sobre lo que es un buen ciudadano y un buen ciudadano no puede construirse sino sobre la base de lo que es en

realidad una persona, tomada incluso en el sentido Aristotélico, aquella que está abocada a vivir con los demás. Para eso se educa para convivir, para convivir, para vivir con los demás. Y si nosotros pensamos especialmente en la sociedad que me parece que a todos más nos seduce, que es la sociedad democrática, esa enseñanza para la convivencia es insustituible, es imprescindible y está sin duda signada como una de las tareas esenciales que justifican la existencia de la universidad.

Y con eso toco un tema que también para mí ha sido bastante preocupante y tiene que ver con el cuerpo docente. ¿De qué manera? Las universidades se han desnaturalizado. Y se han desnaturalizado porque el cuerpo de docentes ha venido disminuyéndose cada vez más significativamente. ¿De qué manera? De esta manera: se reduce el profesorado de tiempo completo porque es el profesorado que resulta más costoso y se le sustituye por el profesorado de cátedra. El profesor de cátedra puede ser un profesor excelente, pero es un profesor que mantiene su mente y su actividad ocupada en otras tareas, y apenas saca una hora o dos para ir a la universidad a dictar una clase y desaparece. A la universidad la tiene que sustentar, la tiene que mantener el cuerpo docente que está permanentemente disponible para cumplir esa tarea y la tarea requiere tiempo. Les repito lo que ahora dije, que puede sonar un tanto inadecuado, inapropiado, pero así lo vivo, esa tarea consiste en inculcarles ese morbo a los estudiantes, al cuerpo estudiantil, al cuerpo docente la pasión por el conocimiento. Solamente quien está comprometido con esa finalidad, que tiene en su vida digamos esa *paideia*.

Recuerdo una anécdota muy bella y fue que a Sócrates le preguntaron que, qué opinaba de un determinado rey y él respondió: no puedo opinar porque no conozco cuál es su *paideia*, cuál es su *paideia* es cuál es el sentido que le ha dado a su vida, ¿para dónde va?, ¿qué es lo que quiere hacer con ella y qué es lo que quiere que los demás seres que con él conviven hagan con sus propias existencias. Yo no concibo una sociedad sin universidad pero, especialmente lo digo, como me parece que ese es un factor que nos unifica, no concibo una sociedad democrática sin una universidad de excelente calidad. Y esa universidad de excelente calidad, lo repito, tiene que ser una universidad autónoma, una universidad que se rija ella misma, donde las decisiones políticas heterónomas no interfieran su curso y donde el cuerpo docente y el cuerpo docente convivan, como las primeras universidades medievales, en función de un mismo propósito. Y ese propósito que nos unifica es la pasión por el conocimiento y el fomento de los valores humanos.

Carlos Gaviria Díaz

Texto publicado en Autonomía Universitaria, serie Documentos N°1, junio de 2008, de la Federación Nacional de Profesores Universitarios. Reproducido con autorización del autor y Fenalprou.

